

EUROPA ORIENTAL, LAS POTENCIAS OCCIDENTALES Y EL IMPERIALISMO NEOLIBERAL

El artículo en que John Lloyd critica mis posiciones sobre la terapia de choque aplicada en los países de Europa oriental es muy útil, sobre todo, porque revela sin tapujos su pensamiento. Considera mi artículo como un trabajo de economía marxista, cuando desgraciadamente era un trabajo preteórico: se trataba de un intento de contrastar las afirmaciones de los neoliberales como Lloyd con algunos hechos pertinentes, con ayuda de técnicas estándar del análisis político.

Así, mi artículo incluía una refutación de la justificación central que Lloyd había ofrecido para la terapia de choque, que asegura muy agresivamente que la ingeniería institucional neoliberal era precisa en Europa oriental porque vivimos en un mundo dominado por la producción globalizada¹. Mi crítica se basaba simplemente en investigaciones publicadas por la OCDE, que indicaban que la «producción globalizada» de Lloyd se había estancado durante la década de 1980. Las investigaciones de la UNCTAD acerca de la década de 1970 sugieren igualmente un declive de esa «producción globalizada». Milton Friedman también ha atacado el tipo de ideología globalizadora asumido por Lloyd², como lo ha hecho el propio periódico en el que éste solía publicar, el *Financial Times*³. Los intentos de desechar todo esto como «economía marxista» no van a ninguna parte.

Lloyd dice ahora que mis críticas sobre ese punto «merecerían una refutación». Pero no las refuta, y da por buena su anterior justificación⁴ de la tera-

¹ John LLOYD, «How to Make a Market», *London Review of Books* (10 de noviembre de 1994). Ese artículo intentaba ridiculizar a cuantos desde la izquierda ponían en cuestión la supuesta realidad de la «producción globalizada».

² Véase Milton FRIEDMAN, «Internationalization of the US Economy», *Fraser Forum* (febrero de 1989).

³ Véase Martin WOLF, «The Myth of the Global Economy», *Financial Times* (13 de febrero de 1996).

⁴ Pero desplaza un tanto su posición: en su anterior artículo decía que vivimos en un mundo de producción globalizada. Ahora asegura que decía que nos movemos *hacia* ese mundo. Aunque no acepto que eso *represente* su posición anterior, puedo aplaudirlo como una retirada.

pia de choque. Trata de disculpar su silencio diciendo que son «cuestiones marginales con respecto a la principal». Cierto, pero no era marginal, sino esencial, con respecto a *su* justificación anterior de las miserias vividas por millones de personas durante la terapia de choque, que Lloyd prefiere llamar «Reforma Económica», en la primera mitad de la década de 1990.

Lloyd muestra su disgusto porque sugiero sólo al final de mi artículo que el concepto de imperialismo sigue siendo válido para comprender los hechos que describía. ¡Me presenta como si, al final de una discusión civilizada en una esquina de Moscú, me hubiera abierto la gabardina a la luz de una farola revelando la placa de la coalición roji-parda y clavando una daga a un inversor occidental desprevenido! Le pido perdón por el susto: debería haber sido más sensible al hecho de que tras cuatro años de la Reforma Económica de Lloyd, Moscú puede ser un lugar bastante peligroso. Pero si dejé para el final esa cuestión fue precisamente porque, aunque mi artículo no era teórico, quería introducir en mi conclusión una explicación teórica.

Lloyd se siente también tan herido por el término «imperialismo» que pretende desterrarme definitivamente al campo de la coalición roji-parda. Se precipita un tanto, ya que él mismo solía utilizar tal término hasta 1992, cuando al hablar del papel del Fondo Monetario Internacional en Rusia decía:

James Morgan describía en el *Financial Times* al Fondo y al Banco [Mundial] como «los nuevos imperialistas» que predicán el flamante evangelio [o, si se prefiere, el culto al modelo] del «Programa de Ajuste Estructural» [...]. La evolución de tales programas ha traído consigo una integración total del FMI y el Banco Mundial en la vida de los países afectados. Eso es lo que está sucediendo ahora en Rusia [...]. Ese fenómeno ha pasado en gran medida inadvertido en los países ricos [...] pero es un hecho real [...]. Más que eso, es un elemento determinante de su política.

Y como también escribió en su momento: «De ser un sistema tan impenetrable como quepa imaginar a la intervención extranjera, el gobierno ruso se ha convertido en uno de los más porosos del mundo»⁵. Eso es lo que escribía Lloyd a comienzos de 1992, hace ya tanto tiempo. Desde entonces, mucho es lo que ha cambiado, no sólo en Rusia, sino también, como se ve, en el pensamiento de Lloyd.

Volveré más adelante sobre la cuestión del imperialismo, así como sobre ciertos rasgos sobresalientes del pensamiento neoliberal de Lloyd. Pero antes responderé a las escasas críticas, realmente periféricas, que Lloyd hace a mi análisis de lo que suele llamarse terapia de choque.

I. LA CRÍTICA DE LLOYD

Yo argumentaba que la terapia de choque no tenía que ver principalmente con la ayuda o las trabas a la actividad económica, ni siquiera con la

⁵ John LLOYD, «Comrades in Monetarism», *London Review of Books* (28 de mayo de 1992).

introducción del capitalismo como tal. Su objetivo consistía en implementar cambios institucionales decisivos en las estructuras internas de esas economías para abrirlas al máximo a la penetración e influencia occidental⁶. Todos podemos especular acerca de las consecuencias a largo plazo de esa intervención, y debatir hasta qué punto ha alcanzado Occidente sus objetivos institucionales. Pero en lo que yo insistía era en que la puesta en práctica de esa política había causado *inmensos e innecesarios daños* a la vida económica en toda la región durante la primera mitad de la década de 1990.

Los principales daños podrían resumirse brevemente así:

1. Una grave recesión originada por la ruptura de los lazos económicos existentes en la región, que fue activamente alentada por el FMI, y justificada por Sachs como beneficiosa.
2. Graves recesiones en todos los países del área, deliberadamente concebidas y puestas en práctica por el FMI.
3. Esas recesiones se produjeron en condiciones de inexistencia de mercados financieros desarrollados, por lo que las empresas, privadas del acceso al crédito en su propio país, tuvieron que venderse a inversores extranjeros para poder sobrevivir.
4. Un intento de reanimar estas economías mediante el crecimiento de las exportaciones hacia la Comunidad Europea, cuando el gobierno estadounidense sabía perfectamente que ésta se resistiría a tal aumento de sus importaciones.
5. Continuas medidas deflacionarias impuestas a los gobiernos de la región por el FMI en un momento en que la reanimación de esas economías sólo se podía conseguir mediante un aumento del crecimiento impulsado por la demanda interna.
6. Una presión eficaz al inicio de la terapia de choque para dismantelar los regímenes de protección comercial de los países en cuestión, con efectos muy dañinos sobre los productores domésticos, que tuvieron que enfrentarse con las exportaciones fuertemente subvencionadas de las empresas europeas occidentales.
7. Intentos del Banco Mundial de bloquear las estrategias microeconómicas que funcionaban bien en los países del área, con consecuencias dañinas para algunos sectores potencialmente importantes.
8. Un sistema de incentivos positivos y negativos para obligar a la máxima privatización en manos de empresas extranjeras, con efectos a menudo muy negativos sobre sectores potencial o efectivamente fuertes.

⁶ Esa era, sobre todo, la política de Estados Unidos, respaldada por el Reino Unido y en gran medida por el gobierno alemán. El gobierno francés se resistió, pero fue derrotado, y el japonés, que sin duda habría rechazado su fundamento económico, se mantuvo tan lejos como pudo de todo el asunto.

9. La negativa a comprometerse a una sustancial reducción de la deuda, excepto en el caso de Polonia, y un planteamiento general de utilizar los problemas de la deuda como palanca para la ingeniería institucional doméstica.

10. Un grave debilitamiento del sector de I+D y de las infraestructuras educativas, y esfuerzos despiadados por desmontar los sistemas de protección social existentes.

11. Una forma de inversión extranjera directa que ha evolucionado más hacia el control del mercado en los países afectados que hacia su promoción tecnológica y la expansión de la producción, al tiempo que muchos de los acuerdos de inversión extranjera directa de alto nivel tenían consecuencias perjudiciales.

12. Consecuencias muy graves para la salud y el bienestar de las poblaciones de la región.

13. Un deterioro muy grave del tejido social de estos países, y enormes presiones sobre sus sistemas políticos, como consecuencia de una opción deliberada por estrategias encaminadas a derrotar a la oposición social y política que pudiera eventualmente surgir frente a las medidas de ingeniería institucional.

¿Gestión de la crisis, o estrategia a largo plazo?

Lloyd no dice nada sobre la mayoría de estas cuestiones, aun admitiendo que algunas de las cosas que yo planteaba, sin especificar cuáles, eran ciertas. Estupendo. Sin embargo, se muestra muy en desacuerdo con mi actitud y critica algunos de los puntos que acabo de exponer. Reproduciré a continuación cada uno de sus asertos y mi propia refutación:

1. *Se produjo una respuesta en gran medida improvisada a crisis económicas domésticas.* Lloyd parece abandonar ahora los intentos de justificar la estrategia de la terapia de choque, asegurando que no existía ninguna estrategia, sino tan sólo gestión de las crisis económicas. Afirma que la terapia de choque fue, «por un lado, una serie de medidas desesperadas para impedir el colapso total de las finanzas públicas», y por otro, una estrategia libremente elegida. Señala «la importancia determinante de las presiones de las crisis particulares», que según él serían *crisis económicas domésticas*.

Ese argumento no se sostiene. En primer lugar, en cuanto a las finanzas públicas, antes del inicio de la terapia de choque existía una crisis presupuestaria en Polonia, que la terapia de choque empeoró. En 1990, antes de la Reforma Económica del FMI, no existía crisis financiera pública alguna en Hungría ni en Checoslovaquia. La crisis presupuestaria se

produjo después. El presupuesto soviético estaba en crisis cuando colapsó la URSS, aunque el alcance de los problemas presupuestarios puramente rusos a comienzos de 1992 no esté claro. Pero la política de Gaidar convirtió una crisis presupuestaria en una catástrofe a finales de ese mismo año.

En segundo lugar, la orientación de los equipos de la terapia de choque, ¿tenía objetivos estratégicos, o era tan sólo reactiva y pragmática? Ninguno de los implicados en ella mantendría lo segundo: Balczerowicz defendió inicialmente su plan como un medio de estabilización financiera, pero tanto él como sus colegas se muestran orgullosos de su concepción estratégica. Otros economistas polacos los criticaron precisamente por no limitarse a la estabilización⁷. Y aunque el programa se lanzó en enero de 1990, en el verano de 1989, *antes* incluso de que se formara el gobierno de Mazowiecki, existían ya diferentes versiones, bastante detalladas, de esa estrategia. Hubo una preparación mucho mayor de esa estrategia, y durante más tiempo, de lo que suele ser el caso en períodos normales en Occidente. El grupo de Gaidar y sus partidarios occidentales se mantuvieron unidos durante meses antes de asumir el poder con una perspectiva estratégica sobre la transformación de Rusia, que no tenía nada que ver con una reacción improvisada ante desequilibrios económicos. Como el propio Lloyd nos explicó en cierta ocasión, Gaidar y sus consejeros extranjeros estaban «elaborando planes, leyes y programas que serán, de hecho, la base del nuevo orden en Rusia»⁸. Por supuesto, toda esa gente tenía prisa, y tuvieron que improvisar muchos de los detalles. Pero tenían un objetivo que les guiaba. Lloyd explicaba la prisa en Rusia: «el actual gobierno ruso es muy consciente [...] de que se está iniciando un período de democracia con un programa y una práctica que ningún electorado democrático toleraría ni siquiera durante medio año»⁹.

Lloyd dice ahora que yo mantengo que los gobiernos posteriores a 1989 tenían «un ilimitado abanico de opciones entre toda una gama de posibilidades» en sus estrategias. No afirmo que hubiera opciones ilimitadas, sino sólo que había más opciones, y no sólo la que, en palabras del propio Lloyd, ningún electorado democrático toleraría. El gobierno húngaro elegido en la primavera de 1990 tenía un programa que no coincidía con la terapia de choque, y lo mismo sucedía con el gobierno checoslovaco elegido por aquellas mismas fechas. Los gobiernos polaco y húngaro tenían a comienzos de la década planes de desarrollo industrial, que fueron abandonados debido a la *presión política*.

2. *El colapso del COMECON*. Lloyd dice que el COMECON colapsó en enero de 1990. Esto es falso. La reunión de Sofía creó un grupo para revisar el sistema de comercio regional y ese grupo trabajó durante 1990 con ese fin. El fracaso de esta reforma fue la consecuencia, ante todo, de la hostilidad

⁷ Tadeusz Kowalik fue uno de los críticos más sobresalientes.

⁸ John LLOYD, «Comrades in Monetarism», *London Review of Books* (28 de mayo de 1992).

⁹ *Ibid.*

hacia ella de Klaus y en cierta medida de Balczerowicz. Pero también fue consecuencia de la fuerte hostilidad del FMI y de otros agentes occidentales. Lloyd dice que no ofrezco pruebas para mi tesis de que Sachs fue responsable del colapso del COMECON. Está en lo cierto: sería ridículo sugerir siquiera que Sachs destruyó el COMECON. Simplemente expresó la hostilidad angloamericana hacia un intento de crear un sustituto regional para el mismo, asegurando que ese intento perjudicaría las economías de la región. Ofreció la perspectiva de sustituir los lazos del COMECON por la apertura del régimen comercial de la Comunidad Europea y una rápida entrada en ella, además de transferencias masivas desde Alemania, lo que no era sino una seductora quimera.

Como respuesta, yo señalaba lo que acepta cualquiera que haya examinado la crisis de comienzos de la década de 1990: que la fragmentación de la región tendría consecuencias económicas desastrosas. También argumentaba algo más polémico: que el enorme poder estructural de los Estados occidentales podía haberse utilizado —a partir de las posiciones francesa y rusa— para preservar la identidad regional. Y afirmaba que los angloamericanos, y probablemente también los alemanes, tiraban en dirección opuesta. El resultado fue que cada país de la región iba a la deriva por su cuenta, y quedaba, por lo tanto, en una situación negociadora desesperadamente débil frente a las potencias occidentales y las instituciones financieras internacionales. En cuanto a la zanahoria de la apertura del régimen comercial de la Comunidad Europea, no era realista, si bien sirvió a Estados Unidos para ejercer presión en esa cuestión: su gobierno, dirigido en esto por el vicepresidente Quayle, trató de utilizar la situación adversa de las economías de Checoslovaquia, Polonia y Hungría como un arma diplomática en su intento de dividir a la UE en los prolegómenos de la Ronda de Uruguay.

Vandalismo económico

3. *El desmantelamiento de los regímenes comerciales en 1989-1991 y el impulso a las exportaciones subvencionadas de Europa occidental.* Lloyd afirma que yo mantenía que los países de la región se vieron obligados a realizar importaciones en masa porque Occidente había destruido sus industrias. En realidad, yo hacía dos puntualizaciones: en primer lugar, la insistencia occidental en el desmantelamiento de las barreras aduaneras al comienzo del proceso, combinada con las sustanciosas subvenciones eurooccidentales a sus exportaciones hacia la región, dañaron seriamente la industria y la agricultura de esos países. Las pruebas que lo demuestran son superabundantes para el período 1990-1992, y para un período más largo en lo que se refiere a la agricultura. En segundo lugar, ofrecía pruebas que mostraban que el recorte de los créditos y el colapso de la demanda inducidos por el FMI produjeron una reestructuración a la baja de la industria que debilitó seriamente la base industrial; y ese debilitamiento se agravó por la prohibición por el Banco Mundial de las

ayudas financieras gubernamentales a las industrias públicas en proceso de reestructuración.

Lloyd no ofrece pruebas que contradigan mi argumentación en la cuestión de las importaciones. En lugar de ello dice que se habría producido una limitación políticamente inaceptable de la libertad personal si se hubieran restringido las importaciones de artículos occidentales. Pero esto es una ficción. En Polonia, Walesa denunció la actitud predatora de las exportaciones occidentales hacia su país e impuso restricciones. En otros lugares acabaron estableciéndose similares limitaciones de los regímenes comerciales. Las multinacionales occidentales, como General Motors, que se había introducido en el mercado polaco, o Volkswagen, que había hecho lo propio en la República checa, se mostraron más de una vez dispuestas a apoyar ese proteccionismo para reforzar su control del mercado interno de esos países.

Lloyd afirma que los déficit comerciales pueden ser beneficiosos si lo que se importa son bienes de capital para una reestructuración expansiva. Eso es cierto, siempre que puedan satisfacerse los costes de intercambio. Pero es irrelevante para el período que estamos discutiendo, ya que las importaciones significativas de capital no comenzaron hasta más tarde.

4. *La ausencia de un sistema financiero suficientemente desarrollado cuando se lanzó la terapia de choque.* Lloyd dice que yo no mencionaba la carga que imponía a los nuevos gobiernos la ausencia de un sistema bancario y de un sector financiero. Me temo que ha pasado por alto mis observaciones al respecto¹⁰. Pero me ofrece así la oportunidad de repetir las: el lanzamiento de la terapia de choque en esas condiciones era imperdonable económicamente, pero importantísimo para la ingeniería institucional pretendida por los impulsores de la misma. Sin un sistema de crédito desarrollado que sacara del apuro a las empresas enfrentadas a mercados internos colapsados, las empresas públicas sólo podían buscar una vía de salvación: ligarse al capital privado occidental mediante la privatización, entregándose en sus manos. Los arquitectos de la terapia de choque eran probablemente muy conscientes de ello. Lloyd, al menos, sí lo era a comienzos de 1992, cuando el programa ruso de terapia de choque comenzó a hacer mella, ya que informó entonces que «puede estar comenzando un cambio fundamental, al quedarse las empresas privadas de crédito»¹¹.

5. *Occidente quería prestar más, pero no había proyectos en los que invertir el dinero.* Lloyd dice que los funcionarios jefes del FMI, el BM y el BERD tenían intención de desembolsar más fondos para proyectos, pero que no los encontraban. Es cierto, y cree que he incurrido en una contradicción. Pero se trata únicamente de un ejemplo más de las anteojeras neoliberales

¹⁰ Peter GOWAN, *La apuesta por la globalización. La geoeconomía y geopolítica del imperalismo euro-estadounidense*, Madrid, Akal, 2000, pp. 253-254, 277-280.

¹¹ John LLOYD, «Comrades in Monetarism», cit.

de Lloyd. Podía haber habido muchos proyectos para desarrollar las infraestructuras públicas y modernizar las empresas estatales, pero el FMI/BM *estaba en contra de cualquiera de ellos*, y sólo iba a favorecer los que condujeran a un desarrollo del capitalismo privado. Por esta razón era difícil encontrar proyectos que financiar. En cuanto al BERD, la concepción y el deseo inicial de Attali era que se comprometiera en esos grandes proyectos de infraestructura pública. Sin embargo, se vio bloqueado por Estados Unidos, primero, y luego apartado del banco por los angloamericanos. Mientras mantuvo su puesto, se enfrentó a las condiciones dictadas por este país, que convertían en milagro la posibilidad de hallar algún proyecto que financiar: la casi totalidad de los créditos del BERD tenían que ser para el sector privado y concederse como créditos comerciales; ¡pero al BERD no se le permitía prestar a proyectos que pudieran financiar los bancos comerciales occidentales!

6. *La elección de los ganadores.* Como explicaba yo en mi artículo, el coste más perjudicial e innecesario de la terapia de choque fue el desmantelamiento de la red regional y la creación en las economías orientales aisladas de estructuras profundamente dependientes de las muy poderosas y altamente mercantilistas fuerzas occidentales. La segunda característica perjudicial innecesaria fueron las recesiones domésticas promovidas por el FMI. Proseguía explicando las tácticas de debate de los promotores de la terapia de choque: éstos nos invitan a ignorar esas recesiones y sus causas, así como los perjuicios microeconómicos, y a elegir entre las tasas de crecimiento de los diferentes países al salir de las mismas.

La respuesta de Lloyd demuestra que yo estaba en lo cierto, porque precisamente nos invita a elegir entre Polonia y Rumanía o Hungría. Yo escribía¹² (p. 55) que la tasa de crecimiento rumana no debía «considerarse como [resultado del] una estrategia mejor que la de Polonia, ya que desde 1989 el pueblo rumano había sufrido probablemente más que el polaco». Y proseguía diciendo que Polonia y Rumanía tenían una cosa en común: la ausencia de las paralizantes cargas que la deuda imponía a Hungría. Polonia era el único país de la región que había conseguido una condonación sustancial de su deuda externa. La segunda observación que hacía era que las diferencias en las tasas de crecimiento tras la depresión no justificaban las proclamaciones de superioridad de la estrategia de puertas abiertas programada por la terapia de choque frente a planteamientos más autárquicos. En cuanto a su afirmación de que yo mantenía que el gradualismo produce mejores resultados que la terapia de choque, tampoco responde a la realidad. El intento de Lloyd de justificar los profundos problemas de Hungría diciendo que el gobierno del Foro Democrático entre 1990 y 1994 estaba formado principalmente por antiguos comunistas, tiene tanta fuerza explicativa como los intentos de descifrar la estrategia de Gaidar haciendo referencia al hecho de que había sido editor suplente de la revista teórica del PCUS, *Kommunist*¹³.

¹² Peter GOWAN, *op. cit.*, pp. 309-310.

¹³ *The Economist*, por el contrario, trata de explicar el desastre húngaro atribuyéndolo a los excesos de un gobierno nacionalista.

El diabólico Sachs

7. *El papel de Jeffrey Sachs.* Lloyd dice que yo lo demonizo, presentándolo como una fuerza diabólica. No entiendo por qué. Dije que fue un fracaso en la región como economista aplicado. ¿Lo convierte eso en un demonio? Dije que se mostraba ingenuo acerca de la política occidental, pero eso no es ningún crimen monstruoso. Lloyd llega a afirmar que yo le atribuía manipular al FMI, cuando en realidad lo que yo trataba de demostrar es que él estaba manipulado por esta institución.

Tan sólo hice un comentario acerca de Sachs: que sus escritos sobre la terapia de choque expresan sus principales concepciones estratégicas, tal como fueron elaboradas por él mismo y por otros autores entre 1989 y 1992. No puedo saber cuán elevada era la consideración en que tenían a Sachs los verdaderos mandatarios occidentales, ya que nunca se publican las actas de las reuniones del FMI. Pero como intenté explicar, algunos aspectos clave de lo que Sachs creía necesario hacer fueron rechazados por el FMI/G7, y Sachs describió más tarde a los gestores del FMI, en mi opinión inapropiadamente, como «burócratas». Si Lloyd, que lo conoce desde dentro, dice que deberíamos conceder más crédito, en cuanto a poder institucional e influencia, a Michael Bruno y Stanley Fischer, me parece estupendo.

8. *El nivel de vida futuro en la región.* Las cifras de Lloyd son más esperanzadoras que las mías, que son simplemente las proporcionadas por el FMI y por Rollo y Stern. Si las cifras del FMI estuvieran equivocadas, me sentiría complacido y en absoluto sorprendido. No obstante, el sufrimiento que millones de personas han tenido que padecer, y el que todavía están padeciendo en esa parte del mundo sigue siendo un escándalo. Si se me permite repetirme, las consecuencias de la terapia de choque en términos de miseria humana y devastación económica, no sólo eran previsibles a partir de nuestros conocimientos sociológicos y económicos a finales de la década de 1980, sino que de hecho indudablemente se conocían y se hallaban previstas por los gobernantes occidentales cuando Gaidar comenzó su tarea en Rusia a comienzos de 1992. Las relaciones causales entre, por ejemplo, la terrible recesión en Rusia y la desnutrición y la tasa de mortalidad no son, lo acepto, transparentes; pero pueden rastrearse. Y para cualquier occidental que se considere heredero de la Ilustración, deberían suscitar preguntas inquietantes acerca de la ética de la responsabilidad de Occidente.

II. IMPERIALISMO, CLÁSICO Y NEOCLÁSICO

El término imperialismo parece estar pasado de moda. Pero la moda no lo es todo: el poder y la claridad conceptual también tienen su valor. Y el imperialismo ha formado parte de nuestro mundo durante mucho tiempo. Significa la dominación política por parte de los miembros de un Estado

sobre poblaciones no adscritas a ese Estado. La réplica de Lloyd acepta dos modelos de imperialismo: el de los imperios jurídicos de las potencias europeas occidentales en la primera mitad del siglo xx, y el del dominio alemán sobre Europa en la década de 1940, con sus colaboracionistas. Ambos modelos tienen en común la expansión imperial mediante las conquistas militares. Los imperialismos de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Portugal y España tenían además la característica adicional de que solían abolir la soberanía jurídica de los pueblos dominados.

El modelo imperial estadounidense es muy diferente. Samuel Huntington lo explicó de forma brillante en un artículo de comienzos de la década de 1970: «La expansión estadounidense no se caracteriza por la adquisición de nuevos territorios, sino por su penetración [...] La expansión del imperio operativo estadounidense no ha sido, por lo tanto, incompatible con la multiplicación de soberanías nacionales en el Tercer Mundo. De hecho, en ciertos aspectos, la multiplicación de soberanías ha facilitado el crecimiento de las operaciones transnacionales norteamericanas»¹⁴. Lloyd no alcanza a comprender esto: evidentemente piensa que, o bien se produce una dominación imperial, o Estados jurídicamente soberanos con «democracia y libre mercado».

Huntington prosigue explicando que el mecanismo formal de esa expansión imperial era el acuerdo con el gobierno en cuestión para que proporcionara acceso a su territorio de distintas organizaciones de negocios norteamericanas, tanto públicas como privadas. En palabras del propio Huntington: «Europa occidental, América Latina, Asia oriental y gran parte del sur de Asia, Oriente Medio y África caen dentro de lo que eufemísticamente llamamos “el mundo libre”, pero de hecho se trata de una zona de seguridad. Los gobiernos de los países de esta zona consideran de interés: a) aceptar una garantía por parte de Washington, explícita o implícita, de la independencia de su país, y en algunos casos de la legitimidad de su gobierno; b) permitir el acceso a su territorio a una variedad de organizaciones estadounidenses, gubernamentales y no gubernamentales, en busca de objetivos considerados importantes por esas organizaciones [...]. La inmensa mayoría de los países de Europa y del Tercer Mundo [...] consideraban que las ventajas del acceso transnacional sobrepasaban los eventuales costes de intentar interrumpirlo»¹⁵. Esta descripción retrata fielmente la situación que afrontaban los gobiernos de Europa central y oriental a comienzos de la década de 1990. Necesitaban desesperadamente acceder a los mercados occidentales de bienes y capitales, y el gobierno estadounidense aseguraba que la condición previa para dicho acceso era la apertura de sus instituciones domésticas a lo que Huntington llama «penetración».

¹⁴ Samuel P. HUNTINGTON, «Transnational Organizations in World Politics», *World Politics* 25, 3 (1973), p. 344.

¹⁵ *Ibid.*, p. 343.

Imperialismo blando

Pero para comprender las formas actuales de la expansión estadounidense tenemos que ir más allá del análisis de Huntington y asumir las ideas de lo que Susan Strange llamó «poder estructural»¹⁶, o como Joseph Nye, director del *Center for International Affairs* de Harvard, prefiere denominarlo, «poder cooptativo blando». Se trata de la creación de reglas e instituciones en el interior y alrededor de los Estados que se pretende dominar, cuyo efecto consiste en que los dirigentes de esos Estados “quieran lo que se quiere que quieran”, como dice Nye¹⁷. Con sus propios términos, si el Estado dominante «puede establecer normas internacionales que sean coherentes con su propia sociedad [...] y contribuir a mantener instituciones que alientan a otros Estados a canalizar o limitar sus actividades en la forma que prefiera el Estado dominante, puede no haber necesidad de tantos y tan costosos ejercicios de poder coactivo o duro para negociar favorablemente las distintas situaciones que puedan presentarse»¹⁸. En opinión de Nye, en el mundo posterior a 1989, la posesión de ese poder cooptativo blando “es tan importante como la del poder de mando duro”. Y añade que la capacidad de la potencia dominante para desarrollar y utilizar las instituciones multilaterales puede ser más importante hoy día que la fuerza¹⁹.

Nye cita en particular el poder cooptativo que proporciona la dirección norteamericana de las «instituciones que gobiernan la economía internacional» (menciona explícitamente el FMI y la OMC). Lloyd parecía entender esto en 1992, pero ahora es como si se le hubiera olvidado.

El problema que afrontaba Estados Unidos en Europa oriental era el de implantar en los Estados de la región estructuras institucionales y reglas que hicieran a los dirigentes de los mismos «querer lo que Estados Unidos quiere». Eso incluye regímenes de inversión extranjera y comerciales, relaciones Estado-mercado, libertades suficientes para las empresas transnacionales, regímenes impositivos favorables, Estados del bienestar reducidos a su mínima expresión, mercados financieros desregulados, monedas totalmente convertibles, ausencia de controles sobre divisas, servicios públicos privatizados, infraestructura y legislación apropiada para los medios de comunicación de masas, mercados de valores convenientemente organizados, definiciones adecuadas de los derechos de propiedad intelectual, y formas ventajosas de propiedad y dirección empresarial, así como políticas e ideologías propicias, etc. En mi artículo me refería a estos objetivos como *objetivos de régimen* de Estados Unidos. Nye no menciona el hecho de que estas estructuras institucionales deben gozar en última instancia del apoyo de estructuras sociales peculiares, de modo que la clase social dominante obtenga grandes ganancias, como sucede, por ejemplo,

¹⁶ Véase Susan STRANGE, *States and Markets*, Londres, 1988.

¹⁷ Joseph S. NYE, *Bound to Lead: The Changing nature of American Power*, Nueva York, 1990.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 32-33.

¹⁹ *Ibid.*, p. 197.

en México. Estos eran los objetivos de la terapia de choque, y constituyen en definitiva cuestiones cruciales para asegurar que el dominio de Estados Unidos se refuerce en el próximo siglo. Es lo que podríamos llamar, si se me perdona la expresión, el imperialismo neoclásico. Así es como funciona el mundo capitalista: mediante imperios de diferentes tipos, que nacen, crecen, se consolidan durante un plazo más o menos breve, y caen sustituidos por un nuevo imperio. Seguro que Lloyd sabe algo de esto.

Hay, desde luego, muchas otras cuestiones que habría que debatir acerca del imperialismo. Algunos pueden preferir el término hegemonía, esto es, dominación en la jerarquía de los Estados y en la economía mundial, pero ese concepto, aunque necesario, es insuficiente, ya que excluye los elementos de territorialidad y control estratégico que sí incluye el concepto de imperialismo. Otros pueden poner reparos a mi insistencia en Estados Unidos como agente central, defendiendo un reparto del protagonismo entre los componentes del G7, pero no es éste el lugar, por razones de espacio, para discutir esas cuestiones con toda la amplitud que requerirían²⁰.

En mi artículo original intenté describir algunos de los principales mecanismos de ampliación imperial en Europa del Este a comienzos de la década de 1990. Lloyd simplemente ignora la sustancia de esa discusión, tratando de convencernos de que la mención de esos recursos de poder y de los mecanismos de su empleo es un síntoma de la enfebrecida paranoia maniquea de la izquierda acerca del «bien» y el «mal». Es una pena, porque podría, dada su experiencia como uno de los principales «agentes» en la región, aportarnos un cúmulo de material de primera mano que mejoraría nuestra comprensión de esos mecanismos.

Aun así, ya comprendemos bastante acerca de estos mecanismos políticos gracias a los trabajos de autores estadounidenses y de otras procedencias sobre las política de «ajuste estructural» en los países del sur, especialmente en América Latina²¹. Barbara Stallings destaca tres mecanismos de transmisión de influencia externa: mercados, conexiones e incentivos:

1. *Mercados*: si los países afectados presentan un comportamiento débil en el mercado internacional de bienes y/o de capital resultan vulnerables a la presión exterior. Éste fue uno de los principales problemas de los países del centro y Este de Europa cuando colapsó su red económica regional, dadas las barreras establecidas durante la Guerra Fría a su participación en los mercados occidentales y sus problemas de deuda. Para Rusia sólo se

²⁰ Véase al respecto, P. Gowan, *op. cit.* [N. del T.]

²¹ Puede consultarse un excelente examen de la cuestión en Stephan HAGGARD y Robert KAUFMAN (eds.), *The Politics of Economic Adjustment. International Constraints, Distributive Conflicts and the State*, Princeton, 1992. El sobresaliente artículo de Barbara Stalling en ese volumen, que desgraciadamente no había leído cuando escribí mi anterior artículo, debería ser de obligada lectura para los políticos y gobernantes de Europa del Este.

trataba de un problema a medio plazo, debido a su mayor capacidad exportadora.

2. *Conexiones*: se trata de la tendencia de los grupos existentes en los países afectados a identificarse con los intereses y puntos de vista de los agentes occidentales. En el bloque del Este, el primero de esos grupos fue el de los intelectuales cautivados por la belleza y elegancia de la economía neoclásica y hayekiana, que recibieron un generoso apoyo desde Estados Unidos. Garton Ash ha relatado la amplitud de esa ayuda norteamericana en la región durante la década de 1980²².

Algunos de estos intelectuales creían realmente en lo que Lloyd ha llamado «el nuevo evangelio», y que la NLR denominaba «el culto al modelo». El honrado y ascético Leszek Balcerowicz sería probablemente un ejemplo paradigmático. Otros no eran sino jóvenes ambiciosos, y también había intelectuales comunistas que veían lo que estaba ocurriendo y pugnaban por obtener nuevas credenciales: los «adoradores del modelo cínicos» que menciona Lloyd al final de su artículo. Pero el segundo grupo era, aun moviéndose más lentamente, el que tenía más peso social: la amplia minoría que podía confiar en convertirse en la nueva clase propietaria de la región. En Europa central y oriental llegaron a considerar a las potencias e instituciones occidentales como sus defensores y protectores futuros, en la medida en que se incorporaran a esas instituciones. Esas conexiones han sido mucho más débiles en el caso de los capitalistas en ciernes rusos. Obviamente, los medios de comunicación occidentales o de propiedad occidental, con sus consignas mágicas de Reforma Económica, contribuyeron a configurar esos grupos.

3. *Incentivos*: los agentes occidentales han incentivado, tanto positiva como negativamente, la promoción de sus intereses por parte de los gobiernos afectados. En mi anterior artículo me ocupé de esta cuestión con cierta amplitud. En el libro *Economic Statecraft*²³ de David Baldwin puede consultarse un interesante y útil análisis de los instrumentos incentivadores empleados. Pese a lo que Lloyd escribió en su artículo de 1992 sobre la vulnerabilidad de Rusia, de hecho se ha visto mucho menos afectada por esos incentivos que los países de Europa central y oriental; la obsesión por parte de los gobiernos occidentales con Boris Yeltsin sólo puede entenderse precisamente a partir de la mucho menor apertura estructural de Rusia a la influencia occidental.

III. NEOLIBERALISMO Y VALORES LIBERAL-DEMOCRÁTICOS

Lloyd liga con razón las cuestiones analíticas a las posiciones y perspectivas políticas, y afirma que mi análisis me lleva a coincidir con la política de

²² Véase T. GARTON ASH, *In Europe's Name. Germany and the Divided Continent*, Londres, 1994. El autor reprende al gobierno alemán por no hacer lo suficiente en ese terreno.

²³ David BALDWIN, *Economic Statecraft*, New Jersey, 1992.

un supuesto club PCFR-Zirinovski. Veamos adónde le lleva a él, tanto analítica como políticamente, su actual compromiso con la «Reforma Económica» neoliberal. Muchos creen, erróneamente, que el neoliberalismo es una especie de política liberal. En realidad no es en absoluto una filosofía política, sino un proyecto de ingeniería institucional al que pueden adherirse liberales, conservadores, autoritarios de todo tipo o fascistas. Históricamente, muchas variantes del liberalismo —especialmente las anglosajonas— han promovido mercados libres. Pero es una falacia lógica concluir que todo apoyo al libre mercado implica un compromiso con valores políticos liberales.

La peculiaridad del pensamiento actual de Lloyd es que su compromiso con el proyecto neoliberal parece gobernar todas y cada una de las dimensiones de su punto de vista, afectando a su comprensión. Así, para Lloyd, el panorama político queda estructurado por la posición que cada uno ocupa en su proyecto. Los que dicen que es bueno se sitúan en un campo; los que dicen que ha sido malo en Europa del Este en otro, en concreto en el campo roji-pardo que dirigen conjuntamente Zirinovski y el PCFR.

Pero la coalición roji-parda existe únicamente en la mente de Lloyd. En la política rusa real está, por un lado, Yeltsin, al que apoya Lloyd; por otro, Zirinovski, quien declaró en la conferencia de su partido en 1996 que también él apoyaría a Yeltsin contra los comunistas. ¿Pero pretende Lloyd que le devuelva el cumplido asegurando a los lectores que él no es antisemita? Entretanto, en Europa oriental, en la real y no imaginada, hay cada vez más gente de todas las tendencias políticas, de izquierda, de derecha y de centro, en las calles, en los ministerios de Asuntos Exteriores y en los económicos, e incluso en los bancos centrales, que maldicen el proyecto que Lloyd ha preconizado. Todos los observadores serios y hasta los lectores ocasionales de los resultados de las elecciones lo saben.

Argumenté en mi anterior artículo que los neoliberales occidentales han tratado de quitar importancia al desarrollo político democrático y liberal en el Este, exigiéndonos que olvidáramos esas cuestiones hasta que se hubiera completado la «Reforma Económica». Esencialmente, lo que decían era que el éxito de sus fines institucionales neoliberales es condición previa para la consolidación de los medios y procedimientos liberal-democráticos. Con esa forma de pensar han creído justificar una actitud agnóstica y maquiavélica acerca de los medios políticos para conseguir sus objetivos de ingeniería institucional. Es un estilo «dialéctico» de pensamiento para la descolectivización que recuerda al estalinismo de la época de la colectivización. Lloyd nos ofrece una perfecta muestra de esta forma de pensamiento. En 1992 creía que la terapia de choque era un programa que «ningún electorado democrático toleraría ni siquiera durante medio año. Sin embargo, si falla no habrá democracia».²⁴ Así, para dotar de democracia al pueblo ruso, Occidente debe, de forma no democrática, hacerle tra-

²⁴ Lloyd, «Comrades in Monetarism», cit.

gar la terapia de choque. Además, «en este sistema, Yeltsin es principio y fin de todo, y su adhesión a la reforma es, en última instancia, lo que la mantiene en marcha»²⁵.

La predicción que Lloyd hacía en 1992 de que el electorado rechazaría el programa del gobierno se vio completamente confirmada a lo largo de 1993. En la primavera de ese año, *The Economist* urgía a Yeltsin a saltarse la constitución que regía el país, lo que hizo efectivamente en otoño, provocando una violenta respuesta de algunos líderes parlamentarios. Lloyd sigue dándole vueltas al asunto: dice que Yeltsin tenía un mandato plebiscitario otorgado por el referéndum, aun sabiendo que el resultado de éste estaba viciado por el fraude gubernamental, y que en ningún caso le concedía autoridad para hacer caso omiso de la constitución. Lloyd dice que ésta era «una versión parcheada de la constitución de la era soviética», que no delimitaba claramente los derechos y deberes de las diferentes instancias de gobierno. Ambos rasgos son bastante característicos de cualquier constitución; considérense si no los casos de la constitución estadounidense, la francesa o la italiana. Existía un tribunal constitucional ante el que se podían dirimir esas cuestiones; pero Yeltsin lo abolió también. Lloyd no entiende que esto represente un problema. La única cuestión a la que merece la pena prestar atención es si apoyamos a Rutskoi o a Yeltsin. La posibilidad de oponerse al golpe de éste sin apoyar de ningún modo las tácticas, métodos o ideas de aquél, le parece sencillamente inconcebible.

El derecho de injerencia

La absoluta falta de respeto hacia las opiniones y valores de las poblaciones locales exhibida por los activistas internacionales del neoliberalismo exige ahora su precio electoral. Como respuesta, ciertos neoliberales occidentales preconizan una intervención de Occidente más activa. La conclusión de Michael Ignatieff en el artículo que Lloyd trata de defender propone precisamente eso. Como dice Lloyd, «el trabajo de Ignatieff es más que nada una recensión de Gellner. Pero sus dos últimas páginas se dedican a la estrategia occidental, e Ignatieff pide sin ambigüedad una intervención burocrática de los Estados occidentales en la política interna y en los asuntos civiles de estos países: financiar medios de comunicación, mantener lazos con la oposición, conceder ayudas para reforzar los tribunales, el poder judicial y la policía, y buscar aliados fuera del Estado, los partidos dirigentes y la burocracia»²⁶. Se trata obviamente de la voz de alguien que ha hecho suyas las formas características de lo que Huntington llama penetración estadounidense.

Lloyd dice que yo denuncié que los gestores de la intervención occidental en Europa oriental tras la caída del comunismo son unos manipuladores

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Michael IGNATIEFF, «On Civil Society», *Foreign Affairs* (marzo/abril de 1995), pp. 135-136.

profundamente cínicos. Ahora bien, gracias a Marx, la sociología occidental se ha hecho cada vez más sofisticada: ahora contamos con la sociología del conocimiento y con cierta comprensión del papel de la ideología. En la réplica de Lloyd hay astucia, pero ni rastro de cinismo.

Los primeros años de la década de 1990 en Europa del Este constituyeron, no sólo una oportunidad perdida para Europa, sino un feo asunto. Se produjo un repentino vacío de poder, tanto en la región como en Occidente, y los impulsos imperiales barrieron a todos los demás. Se causaron graves daños innecesariamente, y los dirigentes occidentales tratan ahora de echarle la culpa a las víctimas. El viejo imperialismo jurídico debía al menos asumir cierta responsabilidad por el desarrollo de los acontecimientos en los territorios bajo su jurisdicción. El imperialismo neoclásico promueve la soberanía jurídica de los Estados nacionales para eludir la responsabilidad por el poder que ejerce sobre sus políticas económicas, y oculta sus maniobras bajo el secreto de la toma de decisiones en organizaciones multilaterales opacas y a las que no es posible exigir responsabilidades. Por último, alienta el mito de que el mundo ya no está gobernado por el poder político de los Estados imperiales, sino por las fuerzas modernizadoras y tecnológicamente orientadas de la producción globalizada.